

Kierkegaard, Søren, *De una mujer. Sobre la alegría y el consuelo*, ed. bilingüe y trad. de Nekane Legarreta, Salamanca: Sígueme, 2019, ISBN: 978-84-301-2034-5.

Christopher Barba Cabrales

Cuando la concepción de la mujer es deformada por distintas causas ideológicas y sociales, aparece este libro, de condición humilde, que propone un enfoque distinto a través del multifacético Søren Kierkegaard quien, con su labor como filósofo de la existencia, ha dejado en herencia una concepción de lo humano desde una visión que puede ser alternativa a las lecturas tendenciales de la historia, de la cultura, de la religión, del ser humano y, de manera específica en estos textos, de la mujer.

Los así denominados *millennials* tal vez no encuentren ninguna novedad al respecto de abordar el tema de lo específicamente femenino, pues en boga está el papel igualitario del hombre y la mujer en la conformación de la sociedad contemporánea, incluso con tendencias que diluyen la especificidad del género y que buscan la construcción del yo desde una deliberación. Sin embargo, tal vez nos sirva tomar en cuenta que los textos que ahora han sido reunidos en un solo volumen fueron escritos a mediados del siglo XIX donde la configuración social era otra.

Ediciones Sígueme, en su colección *Hermeneia* que dirige Miguel García-Baró, hace posible que el lector tenga en sus manos tres escritos del filósofo danés quien, llevado de la mano por su familiaridad con la Escritura y por su mirada antropológica, se acerca a la figura de una mujer a través del texto del Evangelio de Lucas 7, 36-50. Quien tenga un interés sincero por comprender al ser humano, quien se encuentra en la dificultad de ser sí mismo, seguirá atentamente la lectura de este valioso trabajo que Nekane Legarreta ha traducido a nuestra lengua, colocando de manera paralela el texto original danés.

El volumen se ha puesto a disposición del público de habla hispana a finales de 2019. Es muy importante señalar lo que menciona la traductora: los tres discursos no fueron publicados por Kierkegaard en un mismo volumen, sino en momentos distintos: *En opbyggelig Tale. Synderinden* trata sobre Lc 7: 37ss, publicado en 1850 de manera independiente ubicado en SKS 12, 257-273 / SV3 XVII 13-22; *Ypperstepræsten. Tolderen. Synderinden. Tre Taler ved Altergangen om Fredagen* publicado en 1849 ofrece en la tercera parte una reflexión sobre la pecadora ubicado en SKS 11, 271-280 / SV3 XIV 191-199; *To Taler ved Altergangen om Fredagen* de 1851 vuelve al texto de Lc 7, pero ahora centrando su atención en el v. 47 “le son perdonados

sus pecados porque ha amado mucho” [*elsker meget*] ubicado en *SKS* 12, 283-29 / *SV3* XVII 29-38.

Con distintos matices y desde distintos criterios se podrían ubicar los textos en la autoría de Kierkegaard. Basémonos ahora sólo en la datación y su carrera como escritor. Los tres discursos fueron escritos entre 1849 y 1851. La situación intelectual del danés era una época muy madura en su producción: habían sido publicadas la mayor parte de sus obras pseudónimas, entre ellas figuran las de Johannes Climacus, pseudónimo de *Migajas filosóficas* de 1844 y del *Postscriptum* 1846. De hecho, Kierkegaard había pensado abandonar las publicaciones de comunicación indirecta y repensó su autoría pseudónima, surgiendo así Anti-Climacus, que por una parte trata el tema de la desesperación y el pecado en *La enfermedad mortal* de 1849. Por otra parte, en *Ejercitación del cristianismo* de 1851, trata el importante tema de la contemporaneidad con Cristo, donde además se vislumbra su crítica ante la inautenticidad de la religión y de la sociedad de su época.

En este marco contextual de su autoría se insertan estos tres trabajos. Con los temas abordados a través de la figura de la pecadora [*Synderinden*], Kierkegaard entra a la raíz de la cuestión existencial del individuo, en su proceso de reconciliación consigo mismo, con los demás y con el poder que lo ha creado. El tema del perdón de los pecados es evidentemente central en los tres textos. Sin embargo, no es de mi interés hacer una descripción de lo que el lector está invitado a recorrer como individuo singular, por ello, y sí prefiero presentar mis reflexiones de los tres textos en su conjunto, queriendo hacer sólo una invitación a la lectura y sugerir algunos caminos de interpretación; al final cada individuo está invitado a apropiarse de la verdad existencial de los textos kierkegaardianos, a verse en ellos, a hacer una “lectura espejo”, es decir, debemos hacer el esfuerzo de vernos en los textos, contemplar nuestra propia existencia.

De una mujer. Sobre la alegría y el consuelo me han hecho pensar en tres enseñanzas existenciales que pueden ser una guía en la lectura: 1) Respecto a la existencia: seriedad y conciencia de la incapacidad; 2) Respecto a la edificación: contrición y olvido de sí; 3) Respecto al individuo: Dios y su perdón.

I. Respecto a la existencia: seriedad y conciencia de la incapacidad

La estructura dialéctica de la obra de Kierkegaard no descansa tanto en hacer una teoría de esta, sino en señalar la dificultad a la que se presenta la objetividad al tratar las cuestiones existenciales. No tanto porque no se puedan describir o teorizar, sino porque el texto existencial que busca

construir el danés desea despertar el interés por la propia existencia. En este sentido, las herramientas filosófico-literarias que utiliza Kierkegaard tienen un aspecto novedoso y original, porque no sólo son “pensamientos”, sino siempre y en todo momento maneras en las que se busca llegar al individuo singular y existente que es el lector.

De ello nos dan cuenta los tres prólogos que anteceden a los discursos que enfatizan su naturaleza “en tanto que al ser publicado está en sentido figurado, iniciando un camino, dejé que mis ojos lo siguieran por un breve momento. Vi cómo se puso en marcha por rutas solitarias o caminó solitario por vías públicas [...] finalmente dio con ese individuo singular, a quien con alegría llamo mi lector”¹⁶. De la misma manera en el siguiente discurso: “hasta que finalmente se encuentra con ese individuo singular a quien llamo mi lector, ese individuo singular a quien busca, a quien, como si dijéramos, extiende los brazos”¹⁷. Tal vez, en el tercer discurso encontramos una diferencia al subrayar que el autor del discurso no posee ninguna autoridad, sino que ha querido interpretar “si cabe de manera más íntima el texto original de las relaciones de la existencia humana”¹⁸.

Por esta razón, los tres discursos tienen como trasfondo de la reflexión dialéctica, la existencia del individuo singular que, a través del pasaje de la pecadora, Kierkegaard buscará señalarle la necesidad de observarla y observarse. Una de las primeras condiciones que señala es la necesidad del silencio y de tomar conciencia de la seriedad que implica la existencia. El silencio no como una clausura hermética, sino con una actitud de escucha no sólo para entender lo que sucede, sino para poder mirar la propia vida desde un proyecto más amplio que las propias conjeturas o los propios criterios. La pasividad de la mujer entonces está fundamentada en su capacidad para recibir mensajes importantes y decisivos. Por ello, Kierkegaard comienza haciendo un breve recorrido de las mujeres del Nuevo Testamento que lograron, por su silencio, entender la seriedad de la vida a través de la escucha de la Palabra de Dios que las condujo, no al autoengaño, sino a la decisión: “¿qué es seriedad? [...] la decisión (especialmente en el sentido piadoso y de nuevo, especialmente en relación con la pena por el pecado propio) es precisamente seriedad”¹⁹.

El análisis existencial de la mujer pecadora, encontrada en adulterio y expuesta para ser condenada por la sentencia que emitiera Jesús, da lugar

¹⁶ Kierkegaard, *De una mujer*, p. 21.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 63.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 95.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 29.

en los tres discursos para que podamos entender la importancia del silencio cuando se trata de captar lo esencial en la existencia, lo decisivo. Sin embargo, no se trata de una defensa ideologizada como en la época actual, sino abierta a la comprensión de lo humano en la especificidad del género, además de con ello lograr entender la necesidad de rehacer la propia existencia a través, en primer lugar, de la reconciliación con la propia incapacidad.

En una sociedad que en muchos sectores se jacta de autosuficiente, el texto kierkegaardiano pone de relieve los límites de lo humano con respecto al resarcimiento del propio fracaso personal. La conciencia del pecado personal debe traer una pena, un tipo de sufrimiento por la incapacidad para realizar la propia existencia cuando el individuo se abandona a sí mismo y descubrir la incapacidad propia del ser humano. La mujer pecadora no se atormenta en su fracaso porque su incapacidad se convierte en su poder dado que “comprendió plenamente que, para encontrar el perdón, por sí misma era capaz, absolutamente, de nada”²⁰.

El verdadero poder no es la autosuficiencia que se afirma por encima de cualquier reconocimiento de ayuda, sino la incapacidad humana, que dialécticamente se convierte en el poder de la mujer, porque recurre a la instancia que le puede liberar: “¿qué hace esta mujer de la cual hemos de aprender? Respuesta: nada, no hace absolutamente nada; practica el sublime, raro, extremadamente difícil y genuino arte femenino: no hacer nada, o comprender que para hallar perdón uno mismo no puede hacer nada»²¹.

II. *Respecto a la edificación: contrición y olvido de sí*

Sólo dos de los discursos han sido publicados por Kierkegaard como “discursos edificantes” y no para la edificación. Es el caso de los dos primeros. El tercero se trata más bien de un discurso previo a la recepción de la comunión los viernes. No es un detalle sólo estilístico, sino que concierne nuevamente a la dimensión existencial del texto, que no se agota en sí. No se trata de una filosofía especulativa, sino de una forma metatextual que tiene como objetivo la edificación del sí mismo, es decir, del individuo: Kierkegaard no se detiene tanto en el pasaje de la pecadora por un interés hermenéutico, sino como ocasión para despertar la seriedad existencial en el lector.

La edificación del individuo está totalmente relacionada con la concepción de Anti-Climacus al respecto de la construcción del yo en la que intervienen una gama de diversos factores interrelacionados, dado que el

²⁰ *Ibíd.*, p. 45.

²¹ *Ibíd.*, p. 49.

yo en una “relación que se relaciona consigo misma”²² de una constitución compleja. Sólo la contrición implica, por una parte, saberse individuo consciente delante de Dios, por ello experimentar pena y dolor por el propio pecado. La edificación no hace referencia a ser instruido, sino al modelar artesanalmente la propia existencia. Esto sólo puede ser posible si la instancia del actuar no es el propio criterio limitado, sino Dios que tiene poder respecto al pecado como fracaso de la existencia.

La contrición implica la pena, pero dialécticamente también la alegría porque el fin de la contrición descansa fuera sí misma. La edificación implica la conquista de sí mismo a partir de Dios, a partir de su perdón que es amor: “qué verdad es que el que se conquista a sí mismo es más grande que el que captura una ciudad; más grande que el que lo pone todo en movimiento, para al menos hacer algo, es aquel que en relación con Dios y respecto a recibir el perdón de los pecados puede llegar a quedarse completamente sereno para, devotamente, dejar que Dios haga todo”²³.

Este hecho debe ser fuente de consuelo para el individuo, una potencia que debe conquistar en esta pasividad, un hecho existencial también dialéctico. La mujer en este sentido es el símbolo de la dialéctica religiosa en tanto más dispuesta a dejar que Dios mismo sea el que rehaga la historia personal porque el perdón de los pecados aligera la carga²⁴.

Kierkegaard no da por hecho que este proceso sea automático, hay una dificultad inherente al devenir sí mismo. Ello se potencia cuando lo existencial está fundamentado en una categoría tan dialéctica. En una entrada de su *Diario* de 1849 Kierkegaard escribe que “como la fe, así también el amor cristiano, es una categoría dialéctica”²⁵.

La edificación en el caso de la mujer del pasaje evangélico implica el olvido de sí como condición que supone además la contrición. Olvido de sí, que no es renunciar al yo sido, sino confiar en la liberación del olvido de Dios, que no es sino una intervención directa de Dios en el proceso de edificación, en nuestro devenir, pero lo dialéctico existencial radica en el hecho de que “algo edificante es siempre terrible al principio”²⁶.

²² Kierkegaard, *La enfermedad mortal*, México: Trotta, 2009, p. 33 / SV3 XV 73.

²³ Kierkegaard, *De una mujer*, p. 49.

²⁴ *Ibíd.*, 103.

²⁵ Kierkegaard, *Journalen og Løse papirer, Søren Kierkegaards Skrifter*. Copenhagen: Søren Kierkegaard Forskningscenteret, 2003 / SKS 21, 100 / IX A 306.

²⁶ Kierkegaard, *De una mujer*, p. 125.

III. *Respecto al individuo: Dios y su perdón*

Un punto fundamental de la enseñanza edificante de los tres textos es la actitud de Jesús respecto a la mujer. Kierkegaard considera que Jesús no se dirige a la pecadora en primera persona: “Él no dice ‘te perdono tus pecados porque has amado mucho’, Él habla acerca de ella. Él dice: Sus muchos pecados le son perdonados, porque ella ha amado mucho. Aunque ella está presente, es como si fuera una ausente, es como si la hubiera transformado en una imagen, una parábola [...] es casi como un cuento sagrado, una parábola”²⁷.

La mujer se convierte entonces en una enseñanza respecto al individuo debido a la presencia de Dios y su perdón que la dejan inmortalizada: expresa la potencia del amor de Dios, su presencia en la vida del individuo, Dios recrea a su creatura con el perdón de los pecados; le ofrece al ser humano la posibilidad cierta de recuperar lo perdido. La invitación fundamental del texto es la de iniciar la dialéctica de la fe de manera individual a partir de lo que tenemos más al alcance de la conciencia y que en ocasiones se convierte en algo estridente que no nos deja andar: el pecado personal.

El Dios que figura en los tres discursos es retratado en el respeto y dignidad que Jesús muestra con su actitud que engrandece a la mujer haciéndola parábola existencial, revelación de la intimidad de Dios en su palabra que logra no sólo perdonar los pecados, sino dar fuerza al individuo para proseguir su camino otorgando a cada uno esta enseñanza, con el deseo de que cada uno, en tanto que individuo, se la apropie existencialmente: “Es verdad, tus pecados te son perdonados [...] pero esta verdad que, por tanto, también se dice a cada uno individualmente, es desde luego, en otro sentido aún, no del todo verdad: ha de hacerse verdad por parte de cada uno individualmente”²⁸.

Estos tres discursos sin lugar a duda nos trazan un itinerario existencial pertinente para nuestra época, para nuestros días. Ahora que la incapacidad humana se ha hecho más evidente por la pandemia vivida en estos meses, ahora que las máscaras de la autosuficiencia humana se han caído y se ha puesto de manifiesto nuestra vulnerabilidad, se pueden leer estos textos en toda su dimensión edificante y por lo tanto dialéctica, donde cada uno tiene la posibilidad de devenir sí mismo la seriedad del auténtico amor: “El amor que ama mucho y que entonces se le perdona mucho es fuerte, divinamente fuerte en su debilidad, pero aún más fuerte es el amor por segunda vez, cuando el mismo amor ama otra vez; ama porque se le ha perdonado mucho”²⁹.

²⁷ *Ibíd.*, p. 79.

²⁸ *Ibíd.*, p. 83.

²⁹ *Ibíd.*, p. 123.